# Justificación

Ante todo, un reconocimiento a eso que es esencial y de lo cual parte todo lo demás: la vida. Ella es y será siempre lo primero; y de lo que se trata y no podría nunca dejar de tratarse es de aprender a vivir, valorando lo que merezca valorarse, esforzándonos por entender lo que realmente importa.

“La existencia –dijo alguna vez Sartre- no es un regalo y cada quien está obligado a legitimarla con sus actos.” Y yo añadiría: no sólo con sus actos sino también con sus miradas y testimonios, con sus creencias y recuerdos, con sus opiniones y convicciones; en fin, justificarnos en nuestras respuestas y en nuestra búsqueda de respuestas, así como en ciertas verdades alcanzadas en un incesante diálogo con el afuera y con nosotros mismos.

Nuestras verdades: revelaciones que fueron dibujándose alrededor de algunas personales formas de fe; comprensiones que surgieron, transparentes, luminosas e irrefutables ante nosotros. Solemos reconocerlas alrededor de ciertas palabras definitivas. Alguna vez escribí: “Las palabras felicidad y serenidad son las del final del camino. Las aprendemos tarde. Saber vivir es saber pronunciarlas”. Hoy añadiría que para llegar a descubrir esas palabras es preciso haber reconocido antes otras voces igualmente necesarias: ética, compromiso, responsabilidad, coherencia, voluntad…

Existe en Montaigne la idea de que en toda peculiaridad individual encarna la condición humana. Algo parecido dijo Schopenhauer: el destino de la humanidad concierne a cada quien y el de cada quien concierne a la humanidad. O lo que es lo mismo: los seres humanos nos parecemos más de lo que creemos; en el fondo, deseamos cosas análogas, tenemos ilusiones semejantes, nos defendemos de similares demonios.

A medida que iba escribiendo las distintas partes de este libro, sentí que, en medio de sus naturales distancias, iban surgiendo evidentes correspondencias. Heráclito habló de las “armonías invisibles superiores a las visibles”. Armonías invisibles son las que aparecen por entre lo inesperado o lo disperso. Reconozco que a lo largo de la elaboración de estas páginas, junto a esas voces y esas imágenes con las que escogí rodearme, fui identificando ciertas armonías –en ocasiones muy visibles- que nacían por entre mis más diversas comprensiones.